



CAPÍTULO XIX

Asia Central.—Persia.—Irán.—Confusion de la historia de la Persia.—Lucha entre el Irán y el Turán.—Los Afrasias y los Schahs.—Dinastía de los Kayanios-Kai-Kosru.—Ciro, según los griegos.—Persia y Media.—Relaciones con la Asiria.—Advenimiento de Ciro.

Nada hay más confuso que la historia de la Persia en los tiempos inmediatamente anteriores á Ciro. Entre las dos únicas fuentes de conocimiento que nos quedan, las leyendas orientales y las relaciones de los griegos, es un cúmulo de maravillas y de tinieblas, en medio de las cuales es imposible reconocer la verdad.

Quizá las investigaciones de la ciencia moderna, estimulada por la lectura de las inscripciones cuneiformes, y que, para los sucesores de Ciro han comenzado ya á reconocer algunos débiles resplandores, darán más tarde un poco más de claridad. En cuanto al presente, estamos reducidos á repetir, sin creerles ni comprobarles, estos recuerdos llenos de fábulas.

Los únicos hechos casi reconocidos que se registran en el largo período trascurrido desde el siglo XV hasta el siglo VII antes de la era cristiana, se refieren á la lucha permanente de pueblos, ó más bien de razas, que se disputaban el Asia Central.

Estas elevadas comarcas apenas habian sido entrevistas por las conquistas de los Ramsés; no habia llegado aún el momento para que sus habitantes se mezclasen en las querellas de la Asiria. Todo se resume en el antagonismo del Irán, de la Persia del Centro, de la verdadera Persia, y de los bárbaros del Turán.

Los Afrasias (1) de este reino turanio, frecuentemente vencedores de los Schahs, interesan en su querella á la mayor parte de los belicosos pueblos de la descendencia camítica como ellos; los tártaros, y aun los chinos, son re-

(1) Este nombre de Afrasias parece un apelativo general, como los Faraones, como los Schahs.

queridos. La narracion de las hazañas sin cuento de los héroes de cada nacion, preocupa de tal manera á los historiadores persas, que apenas se dignan hacer mencion de las relaciones de sus países con el Occidente.

El desgraciado schah Nuder, asesinado por Afrasiab, deja al Irán presa de la conquista y de la anarquía. Durante doce años el Turanio asola las provincias sometidas, pero sin poder apoderarse de la capital. Se hace odioso por sus crueldades, y aun se enajena el afecto de sus soldados. Zal se aprovecha de estas circunstancias para hacer colocar en el trono de Djem-Schid, sobrino de Nuder, al activo y valeroso Zab, que arroja al Afrasiab, reconquista los límites del Oxo, y durante treinta años gobierna la Persia con una gran equidad y una notable moderacion. Pero su hijo va á destruir su obra. Gurchasp subleva todas las provincias contra su autoridad; Ruhhan, en particular, se extiende á expensas del imperio persa. Bajo este nombre designan los anales de la Persia al imperio de Asiria y al jefe de esta «casa;» el ilustre Nabucodonosor lleva muy lejos sus conquistas y va aún á sorprender á Ecbatana. El Irán prestaba flanco á la invasion; el Afrasiab del Turán se aprovecha de él é invade el Korassan con cien mil hombres. La guerra dura cinco años, y despues de una continuada série de reveses, Gurchasp es derrotado y muerto. Pero el hijo del héroe Zal, el fuerte Rustem, el Hércules del Oriente, viene á salvar la Persia.

Hace proclamar schah al príncipe Kobad, descendiente del glorioso Djem-Schid. El cielo habia predestinado al nuevo monarca: una mancha negra que lleva en el brazo, como todos

sus antepasados, fué la señal de la voluntad divina. Con él comenzó una nueva dinastía, y en memoria de Feridun, tomó el sobrenombre de Kai (grande), que viene á ser comun á todos sus sucesores los «kayanios.»

Como todas las cabezas de dinastía, Kai-Kobad tenia grandes cualidades. Fué el libertador de su pueblo y le gobernó con sabiduría. De él, por tanto, data el culto oficial y exclusivo del sol; tenia vanidad en llevar el título de «Adorador Mithra,» *Mithr-Peresth*.

Muy diferente de él, su sucesor Kai-Kaus se anunció como un ambicioso y un guerrero: «Dios y mi sable triunfarán de todos (1),» decía, y se puso al punto en marcha contra el Mazanderan, que la rebelion habia en otro tiempo separado del Irán, y que formaba desde entonces un Estado hereditario. Parece que la expedicion no fué feliz en un principio. Los genios se apoderaron de él, cuentan los historiadores persas, y sin el auxilio de la maza de Rustem, el príncipe hubiera quedado en su cautiverio. Repuesto apenas de este sobresalto, fué á hacer la guerra contra los antiguos vasallos del Irán y sometió á los reyes del Asia Occidental. Estas hazañas son, sin duda, las que los historiadores griegos pusieron como ejecutadas por uno de los Cyaxares de Media; todo induce á creer que Kai-Kaus le es idéntico. El resultado, sin embargo, no es el mismo. Un eclipse de sol hizo cesar la batalla que se libraba entre los lidios y los medos, según Herodoto; según la historia de los schahs, la perfidia de Zul-Zedjr le hizo dueño del monarca iranio, y fué todavía necesaria la maza de Rustem para libertar al prisionero y sujetar á todos sus enemigos.

Estos reveses hacen perder á Kai-Kaus la afición á las armas. Se entrega por completo á la administracion interior de su reino y á sus placeres. Construye magníficos palacios y deliciosas moradas; pero esta vida de deleites le enerva y le hace perder la razon. Se cree un Dios y quiere elevarse al cielo como Djem-Schid; las águilas que habia sujetado á su car-

(1) Ferdoucy, *Shach-Nameh*; Mouradja, *Cuadro histórico*; Malcom, *Historia de la Persia*; Persia, por Dubeux.

ro no tardan en voltearle, y cae en grande confusion en medio de su córte, más dispuesta á reir por su mala ventura que á llorar por sus contusiones. Esta leccion le cura, y corregido por esta triste experiencia, llega á ser uno de los príncipes de quien la Persia ha conservado el más favorable recuerdo.

Un misterioso destino presidia á su vida. La fortuna, ó más bien la suprema voluntad, hace caer entre sus manos una sobrina de su enemigo mortal, el Afrasiab del Turán; era esta la más bella de las hijas de Oriente; la tomó por esposa, y al cabo de un año nace Syavusch, quizá Cambises, príncipe infortunado, cuya virtud y desgracias atraian sobre su hijo los favores de lo alto.

Perseguido por la reina Banu-y-Banuyan (1), cuyo amor rechaza con indignacion, obligado á huir del Irán, es perseguido en el Turán, abrumado por la calumnia, víctima del odio de su tío materno, bajo cuyos golpes sucumbió al fin. Pero su mujer Yenkis-Banu estaba embarazada; tenia el presentimiento que daria á luz un niño, y de antemano le llamaba «Khosru, el afortunado,» porque seria el vengador de su padre. Él velaba por este héroe visiblemente.

Ahora bien; no sin admiracion se ve aquí que todas las leyendas griegas y asiáticas rodean de prodigios el nacimiento y la juventud de aquel que el profeta anunciaba como el libertador suscitado por Dios para el pueblo de Israel. La coincidencia es perfecta, y tanto más extraña, cuanto que en todo lo demás las relaciones se contradicen ó no tienen entre sí la menor analogía.

Apenas Khosru nació, cuando fué el blanco de todas las persecuciones. Sustraído al aborrecimiento de Afrasiab, *Astiages*, su tío materno, es educado en secreto por un pastor; pero siente en sí mismo su elevado origen y sus grandes destinos: mandado á la córte de Turán, finge ser imbecil para evitar los celosos temores del Schah-Khan, y se salva de este nuevo lazo. Sin embargo, el día de la venganza se acercaba. El Irán supo con dolor é indigna-

(1) Estos títulos significan: princesa de las princesas.



cion el asesinato de Syavusch: la guerra es decretada por aclamacion; el Afrasiab es perseguido y derrotado bajo los muros de Kenekser, su capital. La ciudad es tomada, el príncipe huye á China, y durante siete años las tropas del Irán ocupan sus provincias. Pero esta dominacion no estaba todavía afirmada, y el rey del Turán no tuvo más que reaparecer para sublevar las poblaciones. Las circunstancias favorecian por otra parte al invasor: víctima de la calumnia, el vencedor Rustem abandona el ejército. El país conquistado se levanta, y el Irán tiene que sufrir la ruina y la desolacion.

Pero se aparece un ángel al sátrapa de Isfahan, y le dice: «La salvacion del Irán depende del hijo de Syavusch, de Khosru, que vive en los estados de Afrasiab. Es necesario averiguar su paradero, es necesario conducirlo al país de su padre: vuestro hijo Kiw está predestinado para este glorioso acto. Vaya, pues. Khosru, conducido por él, vengará á su padre y pondrá término á los males del Imperio.» Kiw parte inmediatamente, el cielo dirige sus pasos; Khosru se escapa del palacio en donde estaba aprisionado, y, protegido por el genio tutelar del Irán, pasa el Oxo. Los pueblos le reciben como un libertador, como un dios. Kai-Kaus restablece en sus manos toda la autoridad, y se sirve de ella para cumplir los designios de la Providencia.

Ciertamente que esta historia está truncada é incompleta; pero al menos tiene el valor de tradiciones locales consagradas por monumentos. Todavía se ven en Istakhar los restos del maravilloso sepulcro de Rustem.

Llenaremos los vacíos de estas narraciones, por lo que nos dicen los griegos, aunque es poco lo que nos suministran. Ellos presentan á la Persia, como manifestándose al mundo con el nombre de Ciro (Khosru), á sus habitantes como un pueblo nuevo que desciende de las montañas y habituado á la sencillez y á la frugalidad. Quizá no se trate aquí sino de las tribus guerreras que Kai-Khosru va á llevar en pos de sí, y que, de lejos, parecerán admirables á los griegos, á causa de su ruda franqueza y de sus toscas costumbres de bárbaros.

Los escritores helénicos hablan también del

imperio de los medos, del cual no hacen mencion los Orientales, y que quizá no es otro que el Irán mismo; Dejoces ocultaría quizá á Djem-Schid. Sería posible igualmente que la Media fuese una poderosa satrapía, siguiendo la suerte de Babilonia ó de la Persia, cuando no tuviera suficiente fuerza para permanecer independiente. Entonces toda su historia y sus príncipes particulares, y sus expediciones contra la Asiria, el Asia Menor, los escitas, se explicarían perfectamente. Vamos á trazar un rápido bosquejo, siguiendo la relacion de los griegos.

Arbag, Arbaces ó Warbag (759), se aprovechó de la caída de Sardanápalo, para reinar como señor y dueño en su satrapía ó gobierno, y dejó la autoridad á algunos sucesores, cuyos nombres no merecen ser exhumados del olvido (1), y que no supieron más que alimentar el desorden y la anarquía. Dejoces, Djem-Schid, fué bastante feliz para establecer una administracion regular, y el reino fundado por sus cuidados bajo el modelo de las monarquías asiáticas, tomó bien pronto acrecentamiento con su hijo Fravartis, Fraortes (690).

La ambicion perdió á este jóven príncipe: se atrevió á atacar á Nabucodonosor; el asirio le venció y le mató en Ragan y asoló la Media, Uvakstara; Ciajares I tomó su desquite; una batalla ganada le abrió el camino de Nínive. Pero una invasion terrible de los escitas y de los kimris, le llamó á la defensa de su reino. Veintiocho años los hombres del Norte fueron dueños del Asia Menor y de la Media; la traicion y el asesinato libraron á Ciajares de su yugo. Volvióse de nuevo contra la Asiria.

La capital estaba herida con una sentencia de muerte; el Señor Dios de Israel habia sido irritado por su impiedad y por sus crímenes. La Media y la Babilonia se levantaron, y fueron con sus asnos y sus caballos á sitiar la ciudad culpable; fué tomada y arruinada completamente (625).

Aquí vuelve á comenzar la confusion: los griegos hablan de la hija de Astiages, sucesor de Ciajares, dada en matrimonio á Cambises, rey de los persas, y que fué la madre de Ciro;

(1) Poirson y Caix, *Resúmen*, pág. 92.



pero no están de acuerdo entre sí; Jenofonte introdujo un nuevo Ciajares que los demás no colocan en sus listas.

Como quiera que sea, la cuestion, por lo demás, es de poca importancia; el hecho cierto y capital es desde luego la genealogía de Ciro, cuya continuacion ha sido por completo recientemente encontrada en los monumentos de Persépolis. Allí se ve claramente expresada la raza real de los *Aquemenidas*, Hakharmanisiya, y los diferentes príncipes: Aryaramma, Ariarammes, Arsama, Arsames, antepasados de Kurus, el Ciro de los griegos y de la Biblia, el Khosru de los Persas (1). Bajo el mando de este gran

(1) M. Oppert es el que ha identificado estos nom-

soberano se verifica á continuacion la reunion de la Persia y de la Media.

Con el auxilio de estas fuerzas, Ciro va á triunfar del Oriente completamente. Todos los sucesos del Asia le invitan á esta gran empresa; él es el que va á dar cumplimiento á los decretos del Dios Todopoderoso. Veremos más adelante sus grandes destinos; constituyen un momento supremo en la historia del mundo.

bres en la lectura de las inscripciones cuneiformes, señaladamente de la inscripcion de Bisuntun. (*Expedicion á la Mesopotamia*, t. II.) Este sábio une la lista de Herodoto á la de los monumentos, y existe entre ellas la más grande paridad.